

A LA CAZA DE ELEFANTES EN LA SELVA INDIA

DOS MIL INDIGENAS, 50 ELEFANTES DOMESTICADOS Y 100 GUARDAS JURADOS

El espectáculo se prepara, se cuidan todos los detalles, y desde que se piensa en eliminar elefantes o apropiarse de ellos vivos hasta que se sale a la selva transcurren meses enteros. El marajá de Mysore es uno de los jefes indios más entusiastas de este emocionante deporte. En preparar una cacería tarda más de seis meses, emplea más de tres mil personas y se gasta en cada excursión cinegética cerca de veinte mil dólares.

una buena señal — le dice—. No hay que matarle; podemos cambiarle por el elefante del marajá." Se conoce que el marajá, balanceándose a lomos de un animal con andares tan cadenciosos, está revestido de más majestad. Aún no hemos desentrañado los misterios de la India, y esto no pasa de ser una suposición.

ELEFANTE A LA VISTA

Al fin podemos percibir ante

contra y no huele nada en esta orilla. Al ver la tranquilidad y confianza del jefe de la tribu, el resto de la manada entra en el río para la ablución matinal, porque estos animalitos son muy limpios y no les gusta merodear por la selva de cualquier manera. El "shikari" cuenta hasta cincuenta ejemplares que siguen al macho jefe, entre hembras, jóvenes y elefantitos en plena infancia. El elefante macho es un verdadero sultán con su harén y todo.

Como detalle de las costumbres de estos animales, les contaremos que algunas veces un macho joven desafia al jefe del rebaño para, en caso de vencer, asumir la jefatura. Pero si es derrotado, entonces se convierte en un elefante solitario, que jamás volverá a unirse a una manada, y pasea por la selva su amargura y su fracaso. Este ejemplar es siempre muy peligroso. A veces, como los bandidos del Oeste americano y los de Sierra Morena, se aposta en la carretera que cruza la jungla y se dedica al inocente juego de parar a los autobuses de viajeros y volcarlos.

CONCIERTO DE BAMBU

Cuando ya toda la manada está en el centro del río, entran de nuevo en acción los batidores para el golpe final. Armados de cañas de bambú, se despliegan en un frente de 12 kilómetros en la orilla opuesta a donde están situados el marajá y sus amigos. Esta que pudiéramos llamar propulsión musical del elefante está compuesta nada menos que de dos mil indigenas, cincuenta elefantes domesticados y un centenar de guardas forestales de Mysore. Imaginense ustedes el horrrisono ruido que tienen que producir estos dos mil súbditos del marajá haciendo chocar fuertemente entre sí las cañas de bambú de que van armados. Por muy sordo que sea el elefante, tiene que oír este alboroto y como es un animal de buen gusto, trata de huir de él por la otra orilla. En ésta se ha colocado un foso de tres metros de profundidad. Hacia él se quiere llevar a los proboscidos, pero no es una tarea fácil, porque los animales, asustados, se dispersan y los batidores tienen que estar haciendo ruido durante un día y una noche, hasta que logran agrupar a la manada aturdida y conducirla hasta el foso fatidico.

Para que un marajá se considere satisfecho, es preciso que cace más de cuarenta elefantes. Si no, es un aprendiz de cazador aunque sus amigos no se atrevan a decirselo. Claro es que el marajá no se queda con todas las piezas. Escoge los mejores—ya hemos hecho antes alusión al raro ejemplar basculante que llamó la atención del "shikari"—y el resto los vende. El precio del

ejemplar es de 300 dólares, si se trata de una hembra, y de 3.000 dólares si es un macho joven, vigoroso y con buena salud.

UN ESPECTACULO IMPRESIONANTE

La caza del elefante no es sólo la mayor operación venatoria del mundo. Por los ligeros detalles que les hemos dado, ya se pueden imaginar que es, además, un espectáculo dramático y emocionante. El acoso de las bestias,

PUERTO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 12 DE FEBRERO DE 1955



El elefante, apresado en la caza, viaja camino del cautiverio.

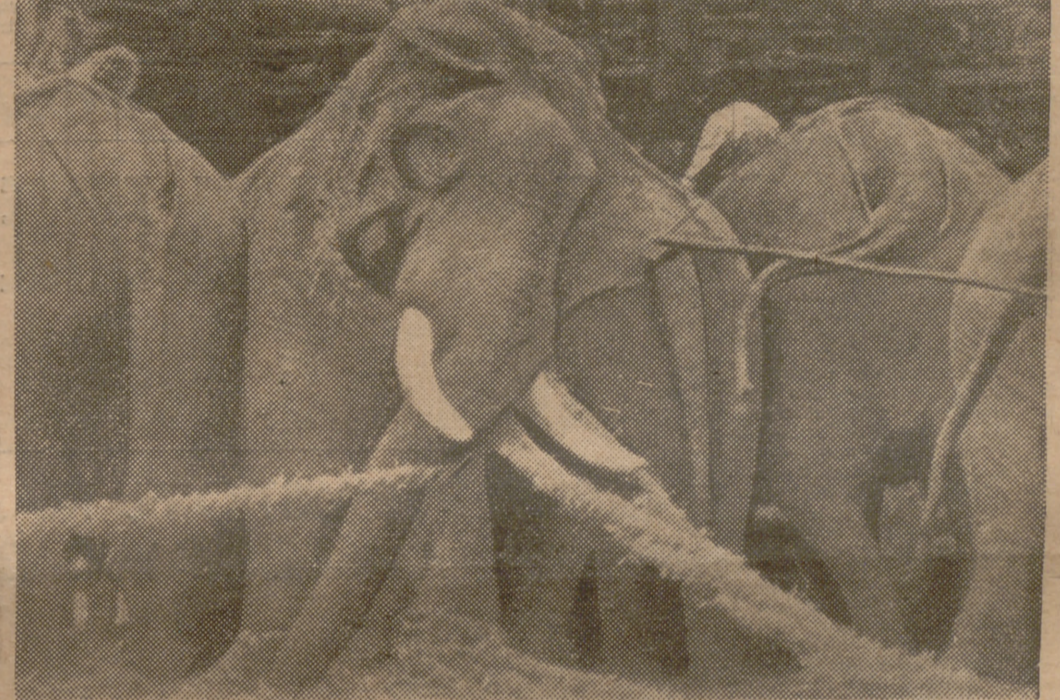
Jares. Ustedes comprenderán que así no hay elefante que se le resista, y que con estos medios humanos y crematísticos sea un coleccionista de trompas y de colmillos que no tiene rival. Pero el marajá es un hombre generoso y no se reserva para sí este magnífico espectáculo, sino que tiene la gentileza de invitar a sus amigos—que ya supondrán que son muy numerosos—y a los altos personajes y miembros del Gobierno de Nueva Delhi.

EN PLENA SELVA

Los ojeadores o batidores, como los llaman el marajá y sus secuaces, se han internado en la selva armando un gran alboroto para espantar a los elefantes. El estado mayor de los cazadores ha acampado a la orilla de un río, hacia el que se pretende llevar la manada. De pronto, se oye gritar al "shikari": "¡El macho! ¡El macho!" Y señala a una forma vaga que se mueve, a la luz del crepúsculo, en la otra orilla del río. A veces esta alegre alarma del "shikari" no pasa de eso, porque el elefante no está en la otra orilla del río, sino en su imaginación exaltada. Pero casi siempre es verdad, porque estos hombres tienen los sentidos muy agudizados, y más que ver y oír al animal adivinan su presencia. Los cazadores se apresuran a la lucha y se viven unos momentos de ansiedad.

El guía insiste en sus gritas y da más detalles: "Es el macho al frente de su manada." Y ya, en un alarde de facultades, le describe a los espectadores que aún no han visto nada: "Debe medir cuatro metros de alto. Su lomo se inclina un poco a la izquierda porque tiene la pata posterior más corta que la anterior." Esta contundente afirmación parece, a primera vista, que debía alarmar a los cazadores e inducirles a despreciar a aquel animal con defectos anatómicos. Mas, por el contrario, uno de los asistentes felicita al marajá: "Es

nosotros la presencia del animal. Ha avanzado hasta el centro del río, y allí, con la trompa levantada, olfatea el aire. El olfato es el único sentido de que pueden valerse los proboscidos para orientarse, ya que su vista y su oído son muy rudimentarios. El olfato, en cambio, lo tienen muy desarrollado. A pesar de ello, no ha debido oler a los cazadores, o su aroma le es desconocido, porque no da señales de inquietud. Pero un marajá y su séquito no pasan inadvertidos ni tan siquiera por el olor. Lo que ocurre es que el elefante tiene el viento en



La cacería ha terminado. Los elefantes han pasado de la libertad de la selva a la cautividad en los establos de un "maharajá"

al que colaboran sus hermanos domesticados, su huida aloca, la caída en el foso y el arriesgado apresamiento, constituyen ese espectáculo apasionante y dramático que algunos han comparado con las luchas de la antigüedad. Suponemos que será por lo que a los medios empleados para el estropicio se refiere, porque en cuanto a la trágica grandeza y a los daños causados, las guerras actuales no tienen nada que envidiar a las de ninguna época. Si acaso, a las que nos anuncian para el futuro.

Los espectadores, como les hemos indicado, toman posiciones en la orilla izquierda del río, escondidos entre los bambúes y protegidos por una barrera de fuertes troncos, a la que nunca, o casi nunca llegan los elefantes porque no pueden salvar el foso hacia el que los empujan los batidores. En el billete que el marajá da a sus invitados se les

advertir que no pueden ir vestidos con trajes de color blanco o rosa—a pesar de que dicen que los animales son insensibles al color—, que no se puede fumar y que deben guardar silencio durante la operación. Pero ésta es tan emocionante, que apenas si se echa en falta el pitillo o la charla. La cacería tiene sus ritos que hay que respetar y el que da la orden para la operación final, es, siempre, el marajá.

Los elefantes que acompañan a los batidores para el acoso, y que obedecen dócilmente al "mahout" armado, son hembras, porque el elefante macho es un caballero y a pesar de encontrarse a gusto al servicio del marajá, no ayudaría nunca a acorralar a las hembras.

Este momento del acoso, que a veces se prolonga por espacio de un día y una noche, es el más dramático y emocionante de la cacería.

El rumor de la otra orilla del río aumenta gradualmente. El rebaño vacila antes de adentrarse en la corriente, pero el ruido de los batidores le excita y le aturde y avanza tumultuoso agitando las aguas. En el centro del río se agrupa en torno al jefe y olfatea ansioso el viento. Al estrepito de los cazadores se une ahora el de la manada que rugie inquieta adivinando el peligro.

No todos los ejemplares de la manada son conducidos hasta el foso. Algunos logran romper el cerco de los ojeadores y huyen. Cuando se ha logrado capturar más de cuarenta elefantes, se da por terminada la cacería.

HORAS DE CAUTIVERIO

La labor de sujetar a la manada en el foso no es tarea fácil. Es el momento en que los elefantes que pertenecen ya al séquito del marajá intervienen de una manera decisiva para vencer a sus hermanos que no les queda más recurso que ser buenas personas y resignarse con su suerte. Las fuertes lianas de la selva les inmovilizan, y después todo es cuestión de paciencia por parte de los "mahout" que son los que, encaramados en los lomos de las bestias con grave riesgo de sus vidas, los conducen lentamente hacia el recinto

donde van a ser domesticados. La doma de un elefante dura de tres a cuatro meses y corre a cargo de los "mahout" que son unos especialistas en esta materia. Para ello se valen de los ejemplares que ya conocen bien su oficio de servidores del marajá.

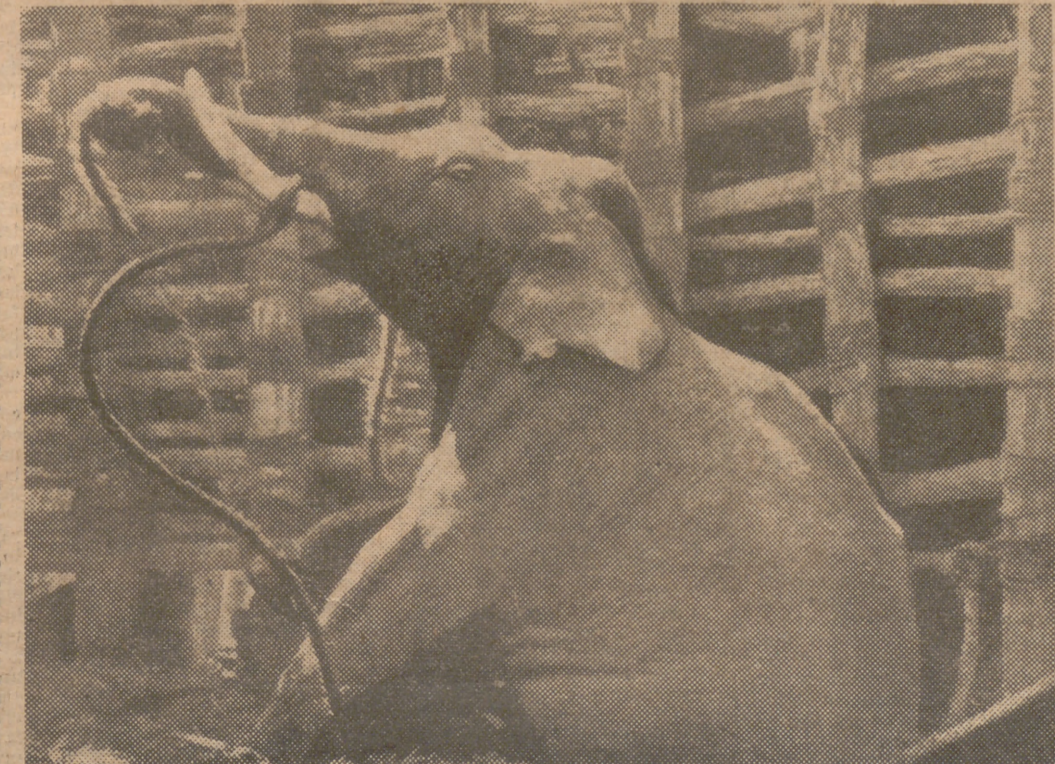
En los primeros días los elefantes, aturdidos aún, no suelen inquietarse y están sumidos en una especie de sopor. Cuando salen de él empiezan las dificultades. Estas aumentan si en la cacería no se ha conseguido capturar al jefe macho, porque entonces la manada se rebela y lucha por volver a la selva para someterse nuevamente a su jefatura.

El macho merodea por los alrededores y mientras dure allí su presencia la doma es imposible. Por eso es necesario organizar una nueva batida para capturarlo.

La caza de un elefante aislado es más difícil y es preciso aprovechar todas las coyunturas que se presenten. Ocurre algunas veces que el macho no ronda el campamento por un afán de liberar a sus hermanas. Este sería un motivo heroico, pero en la vida de los elefantes hay, también, como en la vida de cualquier humano, motivos sentimentales que pueden causar su perdición.

Los elefantes son muy enamoradizos, y la presencia del macho merodeador y perturbador obedece, con frecuencia, a la impresión que en él ha causado alguna de las féminas de su raza que han intervenido en el acoso. Y el jefe, sentimental, no puede alejarse del lugar donde la conoció.

El marajá conoce a fondo la psicología de los elefantes y utiliza este "sex appeal" de la joven elefante para tender un lazo al enamorado rebelde. Y una noche, con su heroico "mahout" a cuestas, sale del campamento. El macho la huele y avanza a su encuentro. El amor le ciega y no sabe lo que le espera. A pesar de su experiencia de jefe no sabe nada de hembras, y cree que los barridos amorosos que ha lanzado cuando vagaba solitario, han llegado a conmovir el corazón de la elefanta. Esta se deja ver y poco a poco le va atrayendo hasta que cae en manos de los cazadores.



El gran macho ha roto sus ligaduras en el fondo del foso

De la caprichosa sultana ROMAIQUIA al donjuanismo de DON JUAN DE AUSTRIA

INES SUAREZ,
LA AVENTURERA
DE CHILE

TERESA CABARRÚS,
LA ESPAÑOLA QUE
CONQUISTÓ A PARIS

DESDE el muy escéptico señor Estanislao Bouffers, que dijo: "El amor es el egoísmo de dos personas", hasta el sedoso señor don Patricio de la Escosura, que aseguró: "La belleza del cielo se reconcentra en el amor", hay una, casi infinita serie, de teorías sobre tan importante sentimiento, teorías que al ser aplicadas, con más o menos éxito, dieron, dan y seguirán proporcionando una serie de anécdotas sentimentales, cómicas, trágicas o serenas, que han llenado muchas páginas de la vida de las gentes y, naturalmente, muchos capítulos de la Historia. Hoy vamos a relatar algunos de estos capitulillos, sin mucha pompa de erudición y con la sana intención de poner un poco de clima de suspiro romántico en la velada del sábado.

LA CAPRICHOSA SULTANA ROMAIQUIA

Todo el reinado de Almotamid de Sevilla, el Rey Poeta, está lleno de atrayentes leyendas, tanto las que se refieren a su tumultuoso amigo el gran Abenamar, como a su fantástica esposa, la sultana Romaiquia. Era este príncipe muy aficionado a la poesía. Un día paseaba con Abenamar a orillas del Guadalquivir; el rey se sintió inspirado y compuso unos versos que decían: "El sol hace brillar de tal modo a las aguas que las hacen semejar una cota de mallas." Luego, volviéndose a su amigo, que tenía bien ganada fama de improvisador, le rogó que continuase el poema. Pero el poeta no estaba inspirado y no consiguió encontrar la imagen adecuada para seguir la estrofa del monarca. Entonces una joven lavandera que se encontraba a la orilla del río alzó la voz y dijo: "Si las aguas de nuestro río se helasen, buena cota para la ciudad serían."

Almotamid quedó encantado de la gracia e ingenio de aquella joven y le preguntó quién era. —Soy esclava de Romalk el mulero y me llamo Romaiquia, gran señor.

—Te compraré a tu amo y me casaré contigo—aseguró aquel monarca de los bellos y románticos tiempos.

Así lo hizo, en efecto. Toda la vida de Almotamid está llena de la gran pasión que sintió por su esposa, aunque ella fue verdaderamente un ejemplo de mujer caprichosa. Ha quedado Romaiquia como una de las primeras figuras entre las poetas musulmanas, y sus caprichos se hicieron célebres en toda la Andalucía musulmana. Un día, Almotamid la encontró llorando amargamente; le preguntó la causa de su llanto.

—Soy, por tu culpa, la mujer más desgraciada del mundo. Un embajador cristiano me ha hablado de la belleza de sus montañas nevadas, allí en el Norte. Yo aquí, en Sevilla, no puedo ver el bello efecto de una montaña blanca.

Almotamid mandó plantar almendros cubriendo totalmente la superficie de las sierras cercanas y así fue como la caprichosa sultana pudo ver cada primavera el sortilegio de unas falsas montañas nevadas.

En otra ocasión, Romaiquia vio a unas mujeres del pueblo que con los pies desnudos amasaban el barro preparado para hacer ladrillos. Nuevamente Almotamid se la encontró llorando.

—Soy, por tu culpa, la más desgraciada de las mujeres. Es-



Eugenia de Montijo fue una de las bellas españolas a cuyo encanto se rindió París

toy encerrada en este lujoso alcázar, pero no puedo amasar ladrillos con los pies, como hacen las mujeres del pueblo.

El rey hizo preparar una gran masa de materias olorosas, y el caprichoso juego de la sultana y sus damas fue, desde aquel día, jugar a hacer ladrillos perfumados y regalarlos como distinguidísimo presente a los nobles de su corte.

"DON JUAN" SE LLAMA DON JUAN

El apuesto príncipe don Juan de Austria, vencedor de Lepanto, fue un tenorio enamorado, aunque sólo tres de sus amadas han pasado a la Historia. La pri-



Don Juan de Austria fue un Tenorio enamorado

mera de ellas, Maria de Mendoza, le dio una hija, a la que el príncipe reconoció y que pasó a la Historia con el nombre de Ana de Austria. Esta Ana fue obligada a ingresar como abadesa en un convento, aunque allí vivía con mucho lujo y daba famosas fiestas mundanas. Ana conoció a Gabriel Espinosa, el famoso pastelero de Madrigal, que quiso hacerse pasar por el Rey don Sebastián de Portugal, desaparecido en Alcaizquivir. Doña Ana y el pastelero se hicieron novios y conspiraron para conseguir la corona de Portugal. Pero descubierta su conspiración, Gabriel Espinosa fue ejecutado y doña Ana condenada a ser degradada y comer pan y agua toda su vida, aunque parece que la condena se llevó a efecto con bastante suavidad.

Un gran amor de don Juan fue una damita italiana que se desmayó viéndole torear—un bonito truco—. El príncipe quedó impresionadísimo con el detalle de esta fragilísima damisela desmayable. De estos amores nació Juana de Austria, que se negó a entrar de abadesa en ningún convento, a la manera de su aventurera hermanastra. Su tío el Rey Felipe III, muy preocupado por la familia, se limitó a casarla con un buen partido.

INES SUAREZ, LA BRAVA

Bastante conocida es la figura de la india doña Marina, que acompañó a Hernán Cortés en sus conquistas y le sirvió de intérprete. Ella fue la que avisó al extremeño de la traición de "La noche triste", salvándole la vida. Estos amores terminaron de una forma bastante prosaica. Cortés dotó a la joven india y

la casó con uno de sus capitanes.

Otra heroína de la conquista de América fue Inés Suárez, mujer muy brava, amiga de Valdivia, a quien acompañó en la conquista de Chile. Fue muy fiel al conquistador y vivió momentos muy difíciles—sentimentalmente hablando—, porque era la única mujer española de aquella famosa expedición, por lo cual le llovía excesivo número de pretendientes a su linda mano, que, el parecer, sabía abofetear muy diestramente.

TERESA CABARRÚS, LA ESPAÑOLA QUE CONQUISTÓ PARIS

Han sido muchas las españolas que conquistaron París, desde la bella Otero a la Emperatriz Eugenia, pasando por esta famosa Teresa Cabarrús, que salvó a tantísimos nobles de la guillotina.

La Cabarrús había sido amiga de Tallien, con el que casó más adelante. Este "energumeno" sólo se dulcificaba en presencia de Teresa, que salvó por su influencia a muchos condenados a muerte, a los que ayudó luego proporcionándoles pasaportes y dinero para su fuga. La Convención, enterada de estas actividades de Teresa, ordenó su detención, pero Tallien, para salvarla, dió el golpe de Estado del 9 Thermidor, que terminó con el régimen del terror y costó la vida a Robespierre y a sus partidarios.

Caido el terror, Teresa fue la mujer de moda de París; en sus salones se conocieron Josefina y Napoleón. Más tarde, la Cabarrús se divorció de Tallien, que seguía amándola apasionadamente. La sociedad acogió muy mal esta deslealtad de nuestra compatriota, que contrajo nuevo matrimonio con el príncipe Carman-Chimay.

Tallien no volvió a casarse y continuó amando a su heroína y escribiéndole cartas apasionadas hasta su muerte.

P. N.

LA PERLA, HIJA DE LOS MARES CALIENTES, REINA DEL ADORNO FEMENINO

Un collar de perlas que cuesta
UN MILLON DE DOLARES

Si las cosas de este mundo tienen todas su ordestinación, es forzoso creer que la perla ha nacido y se ha formado en el fondo del mar, en su prisión de nácar, para servir los encantos de las damas y realizar su belleza, como el oro, las piedras preciosas y la seda.

De obra suerte, ¿para qué fue creada y para qué esta aventura submarina y terrestre que tanto tiene de cuento árabe y de cuento azul? En el fondo del gran joyero, la perla adquiere tonalidades de carne rosácea y juvenil, capaz de entusiasmos y transportes, que amaron las mujeres de todas las épocas, como una obra maestra de la Naturaleza. Su dulzura armoniza admirablemente con la epidemis femenina.

Dos mil quinientos años antes de nuestra Era, las perlas eran utilizadas en China para pagar los impuestos. Todos los pueblos de la antigüedad fueron conquistados por este regalo del mar a los hombres, intrépidos y acabaron por comerse las. Los romanos las disolvían en vino de Falerno. Cleopatra se tragó una perla de inmenso valor. Moctezuma, Emperador de Méjico, al que Hernán Cortés hizo tostar sobre carbones ardiendo, tenía cofres incrustados de nácar y oro. Un vestido de María de Médicis se hallaba adornado con más de 3.000 brillantes y no menos de 22.000 perlas. La perla más grande conocida pesaba 450 quilates y se encontraba en Londres, en el mismo cote que el famoso diamante Hope. Se dice que el maharajá de Baroda posee un tapiz de perlas de incalculable valor.

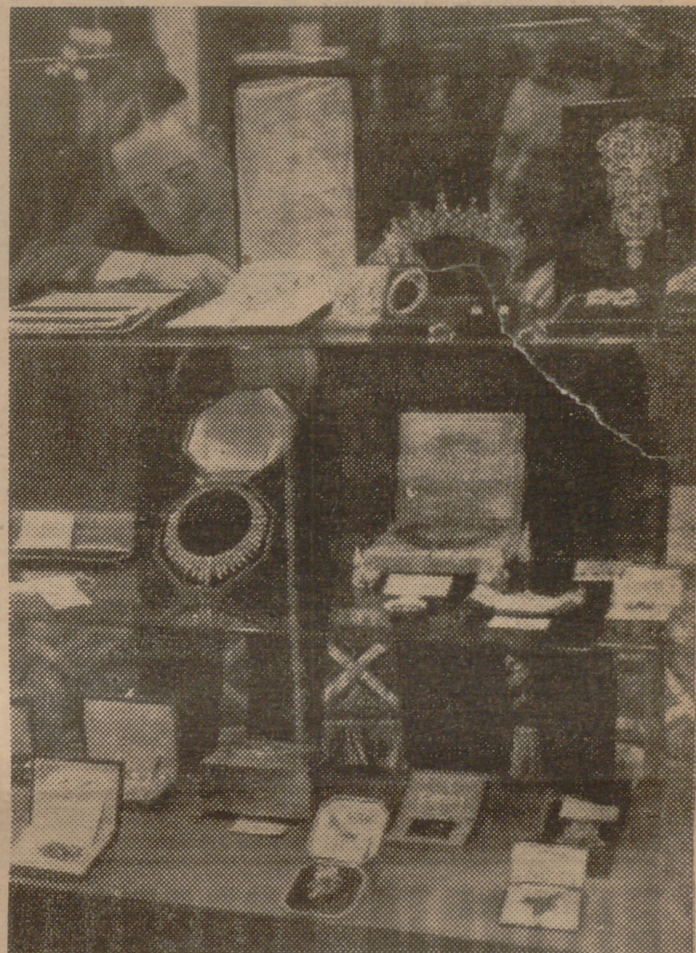
VIDA PELIGROSA DE LOS PESCADORES DE PERLAS

La perla es un regalo de los mares calientes. Las más bellas nos vienen del Oriente, en donde se las pesca en el Golfo Pérsico.

En un principio nos encontramos con un accidente patológico: un microbio que penetra en la ostra y se instala en el epitelio. La ostra reacciona. Forma alrededor de ese agente extraño un pequeño saco esférico que llena, poco a poco, con una secreción. Para hablar claramente, se trata más bien de un quiste que crece y se endurece. Este quiste es la perla.

Esta perla, que la ostra tarda en formar de tres a cincuenta años, es la que hay que ir a buscar.

Se conoce la vida peligrosa, el esfuerzo diario, de los pescadores de perlas. Hoy en día, al igual que hace mil años, el hombre, con una especie de pinza taponándole la nariz, gatas en los ojos y un



En los escaparates de las joyerías, el collar de perlas pone siempre una nota de fina elegancia

cesto en la mano, baja al fondo del mar, atado a una cuerda de 30 ó 40 metros de largo. Es necesario que su trabajo se realice en menos de un minuto. Muy de prisa recoge las ostras y luego inicia la subida con los pulmones "cerrados". Su primer acto al subir a la superficie es el de destapar sus narices y el de aspirar con todas sus fuerzas ese aire que le devuelve la vida.

La perla, en el momento que sale de la ostra no tiene todavía ese reflejo nacarado, que luego luce engarzada en un collar. Conserva de su aventura marina un tinte verdoso que se le quita haciéndola secar al sol. Toda una serie de cuidados delicados y naturales le dan ese color homogéneo, esa redondez perfecta que hacen de ella una de las reinas del mercado. Su encanto dimana, principalmente, de esa superficie sedosa, que tiene aspecto de piel

de niño. Se la juzga, se la clasifica, según su dibujo, su delicada redondez opaca, y, por el contrario casi traslúcida; por su brillo, su juego de luz nacarada, por su "orientación", en fin, este misterioso reflejo que parece surgir de su interior.

Hace algunas décadas, en el momento preciso en que la creación del coridón sembraba el terror entre los comerciantes de piedras preciosas, la aparición de perlas cultivadas fue para los joyeros y bisutereros causa de emoción. En tanto que la perla fina o natural, es producción de la intrusión de un microbio, la perla cultivada se obtiene poniendo en el folículo de la ostra una bola de nácar que se reviste poco a poco de una sustancia nacarada.

Los negociantes que habían comprado, bajo el dominio de las perlas finas, perlas cultivadas, reaccionaron vivamente. Hoy en día, tanto en lo que se refiere al mercado de rubies como al de perlas, y gracias a los métodos técnicos es imposible hacer pasar por natural una perla fina o cualquier otro fraude. Ninguna elegante, digna de este nombre, se deja hoy engañar. En el estudio en donde todas las noches deposita sus auténticos rubies, sus esmeraldas del Brasil, sus verdaderos brillantes, no hay sitio para perlas que no sean naturales, las únicas que a sus ojos tiene valor...

Se han fabricado collares de 10 y 15 millones de francos. Treinta años pueden pasar mientras se confecciona uno de estos maravillosos collares. Una chililla encuentra en su cuna una o dos perlas. Cada día de cumpleaños sus padres añaden para el collar una perla más. Muchas señoras han logrado así una verdadera joya. Collares famosos que fueron vendidos luego por la cantidad de 11 millones de francos. Una verdadera obra maestra se vendió antes de la guerra por un millón de dólares (360 millones de francos actuales). Pero existen collares de 15.000 y 20.000 francos.

Este año la moda se inclina por las perlas y brillantes, por los pendientes de perlas engarzadas en monturas de oro.



La perla es y será siempre la reina del atavio femenino

MUNDO Ligero



Acabamos de leer un artículo sobre lo que se puede comer. He aquí la gran preocupación del hombre, aunque, en esto, quizá fuese más acertado aclarar los términos. Lo importante, en sí, no es lo que se puede comer, sino cómo se puede comer.

Pero, sin embargo, una vez logrado el objetivo primero de neutralizar la digestión, se presenta el de la manera de hacerlo. Los médicos coinciden de modo unánime; el hombre no sabe comer. El hombre ha envuelto en tanta exquisitez la materia prima, la echó tal cantidad de salsas y especias, que ha terminado convertida en puro deleite. Ahora bien, una cosa es que la comida sepa a gloria y otra que e cubra, convenientemente, el riñón. Una langosta a la americana podrá ser la misma delicia con caparazón, pero, desde el punto de vista de lo higiénico, no alcanza ni a una simple gamba cocida.

El hombre, parece, se ha preocupado demasiado del paladar, olvidando cosas tan importantes como el yeyuno y el conducto colédoco. A consecuencia de ello el hombre engorda y se entrega a los cólicos hepáticos y a la gota. La gota es la enfermedad de la buena vida, de los magros y los caldos espesos, donde la glotonería se ahoga en grasa. Antiguamente, todo rico que se preciase tenía su gota, como quien tiene un buen brillante, que luce mucho. Cuando el dedo gordo del pie empezaba a doler —síntoma inequívoco de que la gota ha alcanzado una prosperidad conveniente— las gentes decían que, ante aquel muchacho, se presentaba un lisonjero porvenir.

La gota, sobre todo, fué la enfermedad de los franceses, porque Francia es —o era— un reino gastronómico. Un país en que un rey crea un noble, sólo porque éste le sirvió una buena oca, merece ser tomado en serio. Si hoy no se hace así, es porque han desaparecido los reyes; o, quizá, porque han desaparecido las ocas.

Se ha hablado de la comida como refugio, de que el hombre, cuando no tiene otra cosa que hacer, come; a nuestro juicio esto tergiversa un tanto el asunto. El hombre, cuando tiene que comer, come; cuando no tiene que comer, hace otras cosas, pero siempre para comer. El ayuno como estado perenne es una doctrina difícilmente aprobada por la humanidad. Transitoriamente puede ser aceptada, y aún resultar saludable. Todas las medidas que los higienistas han tomado para combatir las plagas que se derivan de un exceso de producción de los fogones consisten en decir que no, heroicamente, a las más tentadoras ofertas de Brillat-Savarin.

Si usted renuncia al guiso y se entrega al tomate; si usted acepta que el pato a la naranja no tiene nada que hacer frente a la ensalada de lechuga, entonces es probable que sus secreciones mejoren y que la litiasis biliar no pase de ser un fantasma de nombre complicado. Usted vivirá bien y con salud. Pero, ¿vale la pena vivir así?

He aquí el dilema: o prolongar una vida sin euforia sobre mantel, o mermarla a base de salsas y especias, de entrecot y de su poquito de coñac con puro como penacho final. Hamlet no se le planteó, porque Hamlet, con aquellas cosas que se sucedían, andaba bastante inapetente; pero tampoco le hubiera resuelto.

En todo caso, que en vez de brocheta de riñones y de bartolillos, os hablen de proteínas y de hidratos de carbono, resulta bastante descorazonador. En el mundo, la fantasía vale mucho. Bastante más que una terapéutica, sobre todo si ésta reduce la digestión a sus más puros, y, ¡ay!, aquilatados perfiles.

(Dibujo de Serny.)

M. P. A.



CON VESTIDO BLANCO

➔ Dos eran dos, y que Elena nos perdona el escamoteo de su tercera hija. Brigitte Bardot lanza un modelo para niña, y lo repite, exactamente, sobre su juvenil anatomía. Tan sólo en el zapato de tacón, y en el modo de colocarse el sombrero, se diferencia Brigitte Bardot de la pequeña que la acompaña. Esto, claro es, referido al traje; refiriéndonos a su contenido, la diferencia resultaría algo más notable. Sobre todo por ahora.

★ CON SONRISA

➔ Si la sonrisa es el espejo del alma, Cyd Charisse debe tener un alma blanca e inmaculada. Pocas veces, en efecto, se lanzó mejor calidad de esmalte a la admiración de público. Cyd Charisse es actriz y bailarina; trabaja en CinemaScope y en pantalla panorámica. Pero toda la extensión de la pantalla resulta insuficiente, opinamos, para registrar esta clara alegría de su sonrisa, bajo un sombrero que, como toda ella, es pura primavera; almendro en flor.

★ CON INDECISION

➔ Los niños, antiguamente, se perdían en el bosque; hoy se pierden en las ciudades. Y, así, vemos a estos dos pequeños Pulgarcitos tratando de averiguar una dirección que mucho nos tememos sea la del castillo del ogro. Porque los niños, cada vez que se pierden, es para perder, auténticamente, a sus padres. En todo caso, parece que estos dos aventureros, por lo menos, saben leer.

